
CRÓNICAS DE INDIAS: ¿LITERATURAS DE FUNDACIÓN?

Crônicas das Índias: Literatura de fundação?
Chronicles of the Indies: foundational literature?

Alberto Rodríguez Carucci¹

RESUMO: Especialmente para os estudiosos, as crônicas tem sido um repertório de dados e/ou discursos representativos dos cenários, fatos e sujeitos que construíram a América e seus diferentes países. Elas contribuíram na formação da memória, da cultura, da história e das culturas de nosso continente, apesar de todos os reparos e reservas que possam ser feitos. O presente artigo pretende, a partir da definição contemporânea do que se conhece como “Crônicas das Índias”, um conjunto heterogêneo de textos de tipologia diversificada, produzidos ao longo de três séculos, discutir seu papel na história cultural latino-americana, tratando de assinalar sua importância como literatura fundacional nos países latino-americanos, com especial destaque para a literatura venezuelana.

PALAVRAS-CHAVE: Crônicas coloniais; literatura de fundação; memória cultural; literatura e história; diálogo intertextual.

RESUMEN: Las crónicas han sido, en especial para los estudiosos, repertorios de datos y/o discursos representativos de los escenarios, hechos y sujetos que han forjado América y a sus diferentes países. Han contribuido en la formación de la memoria, de la cultura, de la historia y de las literaturas de nuestro continente, a pesar de todos los reparos y a pesar de todas las reservas. El presente artículo pretende, partiendo de la definición contemporánea de lo que se conoce como “Crónicas de Indias”, un conjunto de textos de tipología diversa, producido a lo largo de tres siglos, discutir su papel en la historia cultural latinoamericana, tratando de señalar su importancia como literatura de fundación en los países latinoamericanos, con especial destaque para la literatura venezolana.

PALABRAS CLAVES: Crónicas de Indias; literatura de fundación; memoria cultural; literatura e historia; diálogo intertextual.

ABSTRACT: Especially for scholars, chronicles have been a repertoire of data and / or representative speeches of scenarios, events and subjects that built America and its different countries. They contributed in memory formation, culture, history and cultures of our continent, in spite of all repairs and reserves that can be made. This article seeks, from the contemporary definition of what is known as “Chronicles of the Indies”, a heterogeneous set of texts from diverse typology, produced over three centuries, to discuss its role in Latin American cultural history, trying to point out its importance as foundational literature in Latin American countries, with special focus on Venezuelan literature.

KEYWORDS: colonial chronicles; foundational literature; cultural memory; literature and history; intertextual dialogue.

1 Doctor, Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres”, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.

Durante muchos años la historia de cómo se formó la civilización latinoamericana ha dependido de los relatos que dieron cuenta de aquellos procesos de exploraciones, conquistas y colonización del llamado Nuevo Mundo, en el cual se estableció una jerarquización de sus territorios, de sus pobladores, de sus creencias, de sus lenguas, costumbres y modos de organización, produciendo un disciplinamiento de la memoria y un cartabón axiológico regidos por las perspectivas de enunciación, escrituras y vinculaciones culturales –tanto subjetivas como objetivas– de los autores de aquellos relatos que instituyeron las visiones de la historia que hemos recibido como legado. A partir de esos enfoques se han concebido y conformado las imágenes del continente americano, las valoraciones del mismo, su lugar y significación en el concierto y/o desconcierto universales. Tales efectos de sentido –tan largamente experimentados a través de la historia de la cultura– fueron logrados por las capacidades y destrezas de los cronistas en el manejo de sus recursos expresivos y de sus particulares concepciones y conocimientos del mundo, organizados y fundamentados según los imaginarios de sus tiempos, de tal forma que les permitieron transmitir sus percepciones del “Nuevo Mundo” de maneras peculiarmente verosímiles y eficazmente persuasivas.

Las noticias que llegaban a Europa gracias a las primeras crónicas de los viajeros-exploradores produjeron, sin embargo, distintas interrogantes para las ciencias y las concepciones de finales del siglo XV y comienzos del XVI, pues desestabilizaban la idea limitada que se tenía del universo y empezaba a formarse una nueva conciencia de un orbe desconocido que ofrecía otro clima, otros territorios, plantas, animales, ciudades de las cuales se ignoraba todo, aparte de que además revelaban la existencia de los pueblos indígenas cuya humanidad y espiritualidad se ponían en dudas.

El impacto de aquellas noticias es valorado por el crítico argentino Ángel Núñez en estos términos: “Las crónicas de Indias intentarán responder a estas primeras preguntas que cuestionan todo el saber europeo, todas las certezas, el mismo equilibrio económico del mundo” (2001, pp. 295-296).

1. El repertorio documental que sostiene todas esas apreciaciones desde sus inicios está integrado por un conjunto voluminoso y diverso de textos que convencionalmente ha sido etiquetado con un nombre pretendidamente unitario, como es el de *crónicas de Indias*. Un inmenso *corpus* que acoge una heterogeneidad de clases y tipos discursivos que por sí mismos tienden a desestabilizar la validez de su inscripción genérica, en razón de las diferentes concepciones que sostienen los textos y las diferentes estrategias de

construcción formal que tipifican su textualidad, a partir de la cual se han diseñado y jerarquizado recientemente sus catálogos.

Las crónicas de Indias se expanden en un horizonte histórico que abarca desde finales del siglo XV –período de las primeras exploraciones europeas en el continente americano– hasta finales del siglo XVIII, cuando empieza a resquebrajarse la estabilidad del orden colonial en la mayor parte de los dominios regentados por el colonialismo del Viejo Mundo en estas regiones americanas. A aquella diversidad de textos disímiles se la llamó *crónicas* en virtud de que su modelo expositivo respondía a la sucesión temporal de los hechos que narraban, es decir, en atención al hilo cronológico de los sucesos que los cronistas habían percibido, o creían haber percibido.

La escritura de las crónicas contaba con sus propias retóricas en las tradiciones europeas, desde los tiempos de los antiguos cosmógrafos grecolatinos. Distintos autores de los tiempos actuales han indagado en esa relación, entre ellos el estudioso venezolano Mariano Nava Contreras, quien ha afirmado en su libro *La curiosidad compartida* que “por medio del análisis retórico es posible demostrar que los mecanismos frecuentes en la historia antigua, la cual ciertamente obedece a un plan retóricamente estructurado que podemos hallar en la *Historia Naturalis* [de Plinio], se repiten en las Crónicas de Indias” (2006, p. 25)². Cabe acotar, sin embargo, que algunos cronistas mezclaron a veces aquel modelo de escritura con otras retóricas, como las medievales, que integrarían elementos propios de los relatos fantásticos y maravillosos, como lo señaló tempranamente Irving Leonard en los *Libros del conquistador* al apuntar que “hasta los llamados escritos históricos incluían a menudo constancias de milagros y de fenómenos sobrenaturales, y de aquí que no sea sorprendente la borrosa distinción que el lector ordinario hacía entre la realidad y la ficción” (1983, p. 40).

Todos esos textos, con su tipología diversa (diarios, cartas de relación, relaciones de la conquista y la colonización, e historias), tienen en común tanto su ubicación en el período colonial como su equívoco referente geográfico e histórico, “las Indias”, que no son sino lo que hoy reconocemos como el continente americano. Los cortes precisos para la periodización de las crónicas han sido establecidos: la escritura del *Diario de navegación* (1492) de Cristóbal Colón y la *Historia del Nuevo Mundo* (1793) de Juan Bautista Muñoz, según la razonada propuesta de Walter Mignolo en su estudio “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista” (1982, T. I, pp. 57-116).

En otro estudio, este mismo autor señaló la tensión que han ocasionado las crónicas al ser confrontadas según sus instancias de recepción,

2 Véase también Roberto González Echevarría (1984: 149-166).

en las que se las considera unas veces como “literarias” y otras veces como “documentos históricos” (Mignolo, 1980, pp. 223-233), lo cual suele poner en debate tanto el estatuto discursivo como las funciones comunicativas de las crónicas de Indias.

Frente a esa disyuntiva y tomando en cuenta que las crónicas fueron escritas en atención a las retóricas que de una y otra manera tenían más próximas sus autores, quizás se puede aceptar como válida la definición propuesta por Mercedes Serna en su introducción al volumen antológico *Crónicas de Indias*, en estos términos:

La crónica como género es un contratexto que ha necesitado de un texto previo para existir. Es un texto híbrido, en su momento reconocido como texto histórico y hoy como literario, que funciona como un palimpsesto en el que se superponen textualmente distintos planos de la realidad (2000, p. 55)³.

Esa perspectiva evidentemente optimista en cuanto a la literariedad de las crónicas, no es sin embargo unánime, como se puede advertir al confrontarla con otros enfoques que inclusive llegan a determinar las definiciones de esta tipología discursiva en algunas obras de referencia españolas, como por ejemplo el *Diccionario Akal de términos literarios*, donde se lee que “los cronistas de Indias (siglo XVI) historiaron momentos de la conquista de América, pero sus obras no pueden ser consideradas crónicas, a pesar de la denominación” (Ayuso de Vicente *et al.*, 1997, p. 87). Como se puede observar, se podría decir que en el marco de la cultura hispánica, al menos hasta hace poco, el desconcierto, en cierta medida ha continuado.

2. Es un hecho que el estudio de las crónicas de Indias empezó a hacerse con continuidad muy tardíamente, primero en el campo de la historia, entre los años 50 y 60, en los que destaca el valioso trabajo *Historiografía indiana* (1964), de Francisco Esteve Barba, y luego en el campo de los estudios literarios, hace unos treinta años, cuando la reflexión sobre la teoría de la crónica y su significación como texto cultural comenzaron a cobrar auge tras la publicación de libros como *La vocación literaria del pensamiento histórico en América* (1982), de Enrique Pupo-Walker, y *Discurso narrativo de la conquista de América* (1983), de Beatriz Pastor.

3 Para una discusión sobre discurso verdadero y discurso ficticio, sobre historia y crónica, véase Hayden White (1992).

En el marco de la historiografía literaria hispanoamericana, las crónicas han sido tradicionalmente aceptadas como “antecedentes” sin mayores consideraciones teóricas, toda vez que éstas siguen siendo escasas. Sin embargo las estiman como punto de partida de la literatura en caracteres latinos y en una lengua europea, el español, que se impuso en la mayor parte de América, aunque eso no significa que no hubiese crónicas en otras lenguas, pues las hay en portugués, francés, italiano, alemán⁴ y en distintas lenguas indígenas, como náhuatl, maya y quechua⁵.

En consecuencia, podría afirmarse que las crónicas de Indias constituyeron el primer tipo discursivo que se impuso en la escritura *en, sobre y desde* este continente, poniendo de relieve la existencia del mismo con sus rasgos y peculiaridades, consiguiendo a la vez un lugar visible para América en el escenario mundial. En ese sentido, las crónicas marcan de una manera decisiva un punto de partida en la escritura latinoamericana y en la “invención de América”⁶ que enriqueció la imaginación y la producción de literatura utópica en gran parte del mundo occidental.

Aquellas crónicas de Indias, tan frecuentemente descalificadas como discurso de validez histórica al ser acusadas de “engañosas” (cf. T.W. Lichtinger) o “mentirosas”, tanto por historiadores como por literatos, han reclamado en estos tiempos nuevas estrategias de lectura capaces de superar los caducos enfoques que instituyeron los positivistas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, con muy escasas aunque honrosas excepciones.

Reivindicando las crónicas de Indias, en su *Historiografía indiana*, el ya citado historiador español Francisco Esteve Barba, hace una destacable aclaratoria que, por su significación justifica la cita que sigue, donde dice que las crónicas:

No falsean la verdad a sabiendas, sino que recogen lo que hay en el ambiente. Si la crítica de los historiadores monásticos las hubiera rechazado por inverosímiles, nos hubiera privado de un acervo forjado por la imaginación popular que los cronistas también deben recoger (1992: 9).

4 Algunas muestras (traducidas) de cronistas de esas lenguas en Emir Rodríguez Monegal, Ed. (1984).

5 Una selección de crónicas indígenas en Miguel León-Portilla (1964).

6 Esa expresión la tomamos de Edmundo O’Gormann, *La invención de América* (1958). Este libro marcó un hito en el estudio de la documentación colonial, pues trató de cambiar la noción europea del “descubrimiento de América” por la de *invención*, que se refería a la conformación de la idea de América en el pensamiento occidental. Es una honda reflexión sobre los escritos de los cronistas desde una perspectiva filosófica, y no de comprobaciones fácticas, por lo que este estudio representó un viraje en la manera de concebir la historia.

A estos historiadores no se les puede pedir, por consiguiente, rigor científico entendido a la moderna, por el contrario, hay que juzgarlos desde su propio ángulo, sin exigirles que anacrónicamente acepten o rechacen las noticias a través de una lente futura que sólo hemos aprendido a manejar nosotros.

Desde esa perspectiva se recupera el valor e interés testimonial de las crónicas, así como la relevancia cultural de los cronistas en tanto autores, a menudo testigos presenciales de sus narraciones, muchas veces susceptibles de lecturas “literarias”.

En la actualidad, sea cual fuere el modo de releer desde el cual se las aborde, las crónicas se nos ofrecen como textos complejos, como escrituras híbridas de testimonios, exagerados no pocas veces, que se tornan ficcionales por el empleo de atribuciones semánticas que en verdad vienen a dar cuenta de hechos incomprensidos o de traducciones arbitrarias –o erróneas– de los códigos americanos a los códigos europeos, produciendo a la vez transgresiones sensibles a las pautas de escritura que regían más o menos normativamente a las crónicas medievales.

3. Los rasgos de la verosimilitud, como exigencia para la elaboración discursiva de la historia, o el de la inverosimilitud como componente de la narración imaginativa, mencionado por Esteve Barba, son niveles insuficientes para caracterizar la historicidad o la literariedad pretendidamente antagónicas, puras e incontaminadas, como se ha hecho creer con base en los residuos de las concepciones positivistas que en ocasiones aún siguen circulando entre nosotros. Convendría revisar esos modos de leer las crónicas sometiéndolas a discusión al calor de propuestas como las aportadas por George Duby (1975) y Hayden White (1992) desde los estudios de la historia, y como las de Antonio Cornejo Polar (1978) y Walter Mignolo (1981) desde el campo de los estudios literarios.

Las confrontaciones originales entre mentira y verdad se manifestaron tempranamente en las propias crónicas, como en el caso de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, en cuyo último capítulo se cuenta la anécdota entre el cronista y dos “licenciados” que se empeñan en revisar la relación manuscrita del soldado, al parecer tratando de leerla según los parámetros de la retórica. Al respecto refiere Bernal:

[...] e yo se la presté, porque de sabios siempre se pega algo a los idiotas sin letras como yo soy, y les dije que no enmendasen cosa ninguna de las conquistas, ni poner ni quitar, porque todo lo que yo escribo es muy verdadero; y cuando lo

hubieron visto y leído los dos licenciados, el uno de ellos era muy retórico, y tal presunción tenía de sí, que después de la sublimar y alabar de la gran memoria que tuve para no se me olvidar cosas de todo lo que pasamos desde que venimos a descubrir [...].

[...]

[...] me dijeron los licenciados que cuanto a la retórica, que va según el común hablar de Castilla la Vieja, e que en estos tiempos se tiene por más agradable, porque no van razones hermoeadas ni afeitadas, que suelen componer los coronistas que han escrito en cosas de guerras, sino toda una llaneza, y debajo de decir verdad se encierran las hermoeadas razones. [...]. (1971: 924)

En esas palabras de Bernal Díaz del Castillo se deja entender que la verdad debería comunicarse en lenguaje “llano”, directa y claramente comprensible para el hablante común, sin recurrir a artificios expresivos que lejos de apegarse a la precisión de los hechos, podrían desvirtuarlos al cargar más la atención en el cuidado de los recursos expositivos que en los acontecimientos que se pretendía revelar. Allí estaba en juego el ángulo de percepción de las historias narradas, el lugar de enunciación desde el cual se desplegaba el relato que, en la perspectiva de Bernal, parece guiarse más bien por el nivel cultural y social de la lengua desde el cual escogió narrar su verdad.

Algo parecido, obviamente con diferentes matices, se podría afirmar con respecto a los *Comentarios reales de los Incas*, de Garcilaso Inca de la Vega. En su “Proemio al lector” dice éste, refiriéndose a los cronistas españoles:

Verdad es que tocan muchas cosas de las muy grandes que aquella república tuvo, pero escribenlas tan cortamente que aún las muy notorias para mí (de la manera en que las dicen) las entiendo mal. Por lo cual, forzado del amor natural de la patria, me ofrecí al trabajo de escribir estos *Comentarios*, donde clara y distintamente se verán las cosas que en aquella república había antes de los españoles [...]

[...]

En el discurso de la historia protestamos la verdad de ella, y que no diremos cosa grande que no sea autorizándola con los mismos historiadores españoles que la tocaron en parte o en todo; que mi intención no es contradecirles, sino de servirles de comento y glosa y de intérprete en muchos vocablos indios,

que, como extranjeros en aquella lengua, interpretaron fuera de la propiedad de ella, según que largamente se verá en el discurso de la historia [...]. (1976, T. I, pp. 5-6)

Para Garcilaso Inca de la Vega, el factor que podía garantizar la verdad en su narración estaba en la capacidad para entender los códigos culturales indígenas, quechuas en este caso, por tanto la pertinencia de la traducción le parecía decisiva. A partir de ese criterio Garcilaso confrontó –discreta pero críticamente– la historiografía española sobre la conquista y colonización del Perú, disponiéndose a rectificar la verdad en sus *Comentarios reales*, título en el cual el adjetivo *reales* tiene que ver más con “realidad” que con “realeza”.

En ambos casos –*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* y *Comentarios reales de los Incas*– se intenta traducir, con distintas modalidades de escritura, perspectivas culturales y niveles de enunciación diferentes, los niveles de “verdad” o de “realidad” que son contrapuestos a los discursos oficiales de la historiografía imperial hispánica, que de paso son explícitamente puestos en dudas por sus modos de manifestarse. No es, pues, una sola la “retórica de la verdad” que animó la voluntad persuasiva de las crónicas de Indias con respecto a las certezas de los hechos que narran.

Tanto en Bernal como en el Inca Garcilaso, aquellas apreciaciones sobre la verdad y el discurso los llevaron a la escogencia de unos modos de escritura que transgredieron los modelos instituidos para la elaboración de las crónicas españolas del siglo XVI, lo cual les acarreó consecuencias tanto a sus libros como a ellos, en tanto autores de su tiempo y de sus culturas. A Bernal le ocasionó un largo silenciamiento por postergación, pues su obra –terminada en 1568– fue publicada póstumamente en 1632, quizás porque estaba escrita “según el común hablar de Castilla la Vieja” y cuestionaba las verdades expuestas en sus crónicas por Hernán Cortés y Francisco López de Gómara, que eran representativas de la historia oficial difundida por la Corona. En el caso del Inca Garcilaso, instauraba como sujeto de enunciación de sus *Comentarios reales* una perspectiva indígena en tanto que factor de corrección de la verdad, hecho que póstumamente, ya en la crisis del modelo colonial del siglo XVIII, le ocasionaría la condena de la Iglesia, el silenciamiento de su memoria y la prohibición del libro (cf. D. Valcárcel).

No obstante, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* y *Comentarios reales de los Incas*, una vez constituidas las repúblicas independientes y levantadas las claves de sus respectivas censuras, pasaron a ser hitos fundamentales en el canon y fundacionales en las literaturas de México y Perú, con obvia trascendencia en el conjunto de la literatura hispanoamericana.

4. En el caso de las crónicas relativas a Venezuela, tanto los estudios históricos como los literarios siguen prolongando su moratoria en nuestro país. Desde la disciplina histórica, las crónicas siguen consideradas en minusvalía, percibidas como mera “historia narrativa”, a la vez que a los cronistas se les ha atendido no como un conjunto de autores que podría revelar modalidades y tendencias, sino apenas como casos particulares y aislados (cf. C. Parra León y G. Morón), aunque es justo acotar que hay trabajos referenciales meritorios que es preciso reconocer en razón de sus contribuciones. Así, Angelina Lemmo destacó el valor de las crónicas como fuentes históricas “de carácter informativo-descriptivo” que vienen a ser los antecedentes de la etnografía y la etnohistoria, pues los primeros cronistas se vieron en la situación de tener que explicar –desde la sorpresa y la curiosidad– tanto el nuevo medio geográfico como las poblaciones y sus culturas. Los resultados, según la autora, fueron unos documentos cargados de emotividad y subjetivismo, inclinados hacia lo anecdótico y lo fabuloso, cuya organización y formas de escritura conceden “culto excesivo al verbo, por influencia de los modelos oratorios de la antigüedad clásica” y en cierta medida de las crónicas españolas medievales. Es importante el señalamiento que hizo la historiadora en relación con las transformaciones aportadas por las crónicas americanas, como matices propios, frente a la historiografía europea. Al respecto afirma:

[...] cuando se trata de América, comienza a surgir la historia de una civilización, de culturas desconocidas. El Estado, que en el Medioevo y aún en el Renacimiento no permitía la reconstrucción total del proceso de civilización, es decir, que obviaba el proceso lógico de la cultura y del dinamismo social, al ser descubierta América no le quedó más remedio que permitir –por lo súbito de los acontecimientos– la relación del hecho fuera de los cánones historiográficos de la época, y el hecho en sí se enfocó en base al uso de las categorías históricas europeas. Se pasó de un modo súbito, de la historiografía política y militar [...] a la etnohistoria. (1970, p. 24)

La misma autora se detendría algunos años después en las obras de los cronistas en su libro *Historiografía colonial de Venezuela* (1977), donde intentó, con base en diversos enfoques críticos, dar nuevo ordenamiento y sentido a las crónicas coloniales en el marco de la historia venezolana.

Otras contribuciones para el acercamiento a las crónicas en la historiografía de nuestro país han sido las de Pablo Ojer (1978) y Santiago Gerardo Suárez (1989), a las que se podrían agregar algunas notas de la historiadora Inés Quintero (1996). No obstante, la crítica historiográfica sigue

considerando que el estudio de las crónicas coloniales relativas a Venezuela sigue siendo limitado e insuficiente (cf. F. Langue, 2001).

En el campo de los estudios literarios se ha avanzado menos, pues han faltado investigaciones y debates al respecto. En nuestra historiografía literaria se han hecho algunas referencias generales a los cronistas, como las de Mariano Picón Salas en su *Formación y proceso de la literatura venezolana* (1940), donde reconoce a las crónicas como “primera expresión literaria” pero al valorarlas lo hace con las reservas propias del momento histórico-cultural en que escribe. Por su parte, Arturo Usler Pietri, en *Letras y hombres de Venezuela* (1948), sólo hace referencia a las crónicas coloniales como documentación de los hechos de aquel período, aunque una década después revela un cambio de perspectiva cuando escribe:

La más antigua literatura hecha en este país pertenece a la corografía y a la crónica. La revelación o la invención literaria de Venezuela comienza por ser una descripción de los escenarios geográficos y un recuento de las luchas que sobre esos escenarios se desarrollan⁷.

Con posterioridad, en unas notas tituladas “Importancia de la crónica. Conclusiones”, Efraín Subero hace una consideración categórica, que sin embargo no llega a argumentar *in extenso*: “La crónica es en sí un género literario. El primero en nuestra historia literaria de lengua española” (1973. pp. 365-366). Reconoce así mismo las contribuciones testimoniales de las crónicas en relación con las informaciones sobre la conquista, las culturas indígenas, los procesos étnicos, lingüísticos y el nacimiento de la literatura en español, agregando luego un apéndice con las referencias de los cronistas y las crónicas que contribuyeron, según su parecer, a la formación de la nacionalidad.

Una atención particular merece el estudio *Cronistas e historiadores ¿antecedentes de la literatura venezolana?* (1982), de Pilar Almoina de Carrera, quien llegó a afirmar en ese texto que “es indudable que a una base informativa como la crónica, con el valor especial que le da el respaldo del *observador participante*, le corresponde un importante lugar en la formación de nuestra cultura, pues es el fundamento para el auto-conocimiento”, a lo que, sin embargo, agrega luego:

⁷ *Discurso de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua* (citado de 1991: 520). También fue incluido con el título “Venezuela y su literatura” (1995: 265-293).

[...] esa significación cultural e histórica en particular, implica una trascendencia al campo literario, si no en los planos directamente estilísticos y estructurales, al menos en la proyección mediata de la conformación de un arquetipo mental, de una visión activa de la naturaleza del nuevo mundo, de un concepto prefijado de su poblador indígena, del vínculo entre ambos, y de la relación de los dos elementos propios de estas tierras –hombre aborigen y medio natural– con los forasteros. (1982, pp. 3-4)⁸

Esto, según su modo de ver, es suficiente para justificar la necesaria investigación sobre las crónicas. Almoina de Carrera propone así una justificación que más parece ser antropológica que literaria. Pero en lo que se refiere a la ubicación de las crónicas en la literatura venezolana, la autora ofrece en sus conclusiones un veredicto según el cual aquellos textos no deberían ser vistos ni como antecedentes estilísticos ni creativos “en el sentido estético, ni tampoco a través de un nexo inmediato”, pues según había apuntado en una razón anterior, “lo que puede haber de *literario* en la crónica es ocasional y disperso y no da cohesión de obra literaria a los libros representativos” (1982, p. 47).

Sin embargo, las perspectivas actuales para el estudio de las crónicas bien pueden ser otras, para las que hay ya, desde hace algunas décadas, criterios más amplios y flexibles⁹.

8 Recogido posteriormente como capítulo de otro libro de la autora: *Más allá de la escritura: la literatura oral* (2001: 49-68).

9 No tenemos por qué leer las crónicas con una prevención normativa respecto a *cómo deben ser* y *qué deben aportarnos* para luego estimarlas, o no, como integrantes del campo literario, cuando podríamos considerarlas en sus contextos específicos, en los cuales “la producción, el texto y su consumo corresponden a un universo y el referente a otro distinto y hasta opuesto”, como precisó el crítico peruano Antonio Cornejo Polar, quien percibió aquella clase de escritos como “literaturas heterogéneas”, surgidas de una coyuntura cultural de excepción, que llega a determinar tanto las formas enunciativas y de representación como las estrategias persuasivas que elaboran los cronistas, en cuyas obras es posible encontrar distintos rasgos de escritura que pueden ser leídos como manifestaciones de propiedades y cualidades literarias. Al respecto escribió el mismo Cornejo Polar en el aparte “El comienzo de la heterogeneidad: las crónicas como modelo” (en su artículo de 1978 citado): “Histórica y estructuralmente esta forma de heterogeneidad se manifiesta con gran validez en las crónicas del Nuevo Mundo. Con ellas se funda en Latinoamérica un tipo de literatura que tiene vigencia hasta nuestros días”. Otra perspectiva de provechosa utilidad para el estudio descriptivo y comprensivo de las crónicas de Indias la aportó, a través de varios trabajos fundamentales, el investigador argentino Walter Mignolo, quien sometió a discusión el estatuto de la crónica como un género literario para ubicarla en el marco más general de una clase de discursos –o formación discursiva– compuesta por una tipología diversa, determinada por la forma y la función de cada uno de sus tipos

Al comienzo de la década de 1980, Pascual Venegas Filardo, en su discurso de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua (1983), titulado “Venezuela en la palabra de viajeros y cronistas” intentó aportar – desde su peculiar sensibilidad de escritor– una lectura literaria de las crónicas coloniales, poniéndolas en relación con ciertas novelas históricas contemporáneas, a las cuales aquéllas habrían servido de motivaciones y bases, o hipotextos, no sólo por las informaciones y datos que suministraban sino también por sus modelos expresivos, descriptivos y narrativos, así como por sus singulares esmeros en la escritura, según la apreciación del académico.

5. Para entonces, se habían puesto en boga entre distintos escritores y en el ámbito de la crítica literaria diferentes lecturas dialógicas, y en proceso, de la narrativa latinoamericana en las que se destacaba la relación entre las crónicas indianas y la que sería llamada “nueva novela histórica” (cf. S. Menton, 1993, y K. Kohut, ed., 1997). Esa relación se hizo evidente en declaraciones de narradores como Lezama Lima, Juan Rulfo, Alejo Carpentier, Carlos Fuentes y Abel Posse, entre otros. En una conferencia en la Universidad de Yale, en 1979, Carpentier afirmó:

[...] no veo más camino para el novelista nuestro en este umbral del siglo XXI que aceptar la muy honrosa condición de cronista mayor. Cronista de Indias, de nuestro mundo sometido a trascendentales mutaciones, cuyos signos anunciadores aparecen ya en muchos lugares del mapa. (1981, p. 25)

En ese sentido, podríamos poner tres ejemplos de textos que han alcanzado distintos reconocimientos y algunas resonancias notables en la producción literaria latinoamericana y en la de nuestro país.

5.1. El primero de ellos se refiere a la asimilación y transformación de los textos colombinos, a partir de los cuales se ha hecho toda una literatura en el mundo, y particularmente en América Latina. Tales textos fueron puntos de partida para mitos como el del hallazgo del Paraíso Terrenal y del Buen Salvaje americano y para la leyenda histórica del “descubrimiento del Nuevo mundo” y presentan estrategias descriptivas y narrativas susceptibles de ser leídas como marcas literarias, mientras que los hechos narrados siguen convocando el interés de los historiadores.

discursivos (cartas relatorias, relaciones, crónicas y sus relaciones con la historia), (cf. sus aportes de 1980, 1981 y 1982).

Entre mediados de la década de 1970 y comienzos de la década de 1980 fueron publicadas varias novelas en las que la figura de Colón, las parodias de su *Diario* y de sus *Cartas de relación*, los juegos intertextuales y la ficcionalización crítica de la historia, jugaron papeles preponderantes. En un fragmento del primer capítulo de *El otoño del patriarca* (1975), de Gabriel García Márquez, hay una parodia desmitificadora, que subvierte la historia oficializada de la llegada del Almirante a tierra americana, desde la cual es narrado el episodio, cambiando así la perspectiva del documento original. El enfoque aparece actualizado, al poner el hecho en presente, representado como un desembarco invasivo de una fuerza imperial extranjera encabezada por las naves colombinas.

Otros escritores aprovecharon después, de maneras distintas, los documentos y las biografías de Colón: *El arpa y la sombra* (1979), de Alejo Carpentier; *Los perros del paraíso* (1983), de Abel Posse; *Vigilia del Almirante* (1992), de Augusto Roa Bastos.

En la narrativa venezolana también se produjo un proceso similar de lectura y transformación de aquellas referencias del navegante¹⁰, que se han proyectado desde los inicios de la década de 1980 hasta fechas más cercanas. En el segmento “El descubridor”, de la novela *Abrapalabra* (1979) de Luis Britto García, hay una parodia del relato del Almirante donde el narrador, desde tierra continental y en primera persona, relata una vivencia parecida a la del célebre marinero en su arribo a esta que llamó Tierra de Gracia. Britto –en otras de sus narraciones breves– también acudió a los hechos, detalles biográficos y documentos colombinos para desmitificarlos crítica e irónicamente.

Por otra parte, los misterios urdidos alrededor del origen de Cristóbal Colón, le sirvieron a Alicia Freilich, autora de la novela *Colombina descubierta* (1991) para confrontar en ésta, la historia conocida del navegante, apoyándose en las investigaciones del historiador Salvador de Madariaga y en las suyas propias, que le permitieron configurar un Cristóbal Colón de procedencia judía. Ese origen es el mismo que le atribuye al viajero Ángel Rodríguez Valdés, autor de la novela *El azotador de vientos* (1995), en la cual Colón es un judío empeñado en la búsqueda de una tierra prometida.

Por último, José Rodolfo Mendoza, autor de *El rostro oculto del almirante* (1996), apoyado en un amplio conocimiento del momento histórico del personaje, lo utiliza en función de un ejercicio narrativo libre y motivador, sobre las andanzas posibles de un Cristóbal Colón imaginario.

10 Luis Britto García, *Abrapalabra* (1979); Alicia Freilich, *Colombina descubierta* (1991); Ángel Rodríguez Valdés, *El azotador de vientos* (1995); José Rodolfo Mendoza, *El rostro oculto del almirante* (1996).

La presencia recurrente de la figura de Cristóbal Colón en la narrativa latinoamericana, al ilustrar el contacto entre literatura e historia, ofrece a la vez opciones múltiples para la interpretación de los acontecimientos, como es característico en la narrativa de los cronistas. El caso específico de la escritura y la biografía de Colón en la “nueva novela histórica” ha sido de interés y atención para algunos estudiosos de la narrativa latinoamericana, como lo testimonian algunos trabajos fundamentales¹¹.

5.2. El segundo caso que presentaremos es el relato sobre Martín Tinajero¹², digno de ser considerado como muestra pionera de la narrativa del que se ha llamado “realismo mágico”. Este relato fue contado por primera vez a finales del siglo XVI, por el cronista fray Pedro de Aguado en su *Historia de Venezuela* (1581), como “un caso que por parecerme de admiración lo pongo aquí”. Se refiere a un soldado que, integrado en las tropas españolas de la conquista, enferma y muere durante el cumplimiento de una misión. Enterrado provisionalmente, sus compañeros regresan días después en busca de su cuerpo, encontrándolo incorrupto y cubierto de abejas, exhalando “un olor suave y agradable y con tanto ímpetu que más de cincuenta pasos a la redonda ocupaba el campo”. Por ese hecho, juzgan que Tinajero pudo ser “algún bienaventurado”, pero cegados por la codicia de riquezas “no curaron de examinar aquel caso ni ver si eran dignos de llevar consigo aquel cuerpo o darle eclesiástica sepultura”.

Ese brevísimo relato, con rasgos de la narrativa hagiográfica medieval, sería retomado después, en el primer tercio del siglo XVIII, por José de Oviedo y Baños, para algunos, nuestro último cronista y para otros, el primer historiador venezolano. En su *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* (1723) reaparece Martín Tinajero, obviamente a partir del libro de Aguado, pero con ampliaciones que delimitan e interpretan mejor al personaje, presentando explícitamente el suceso de su cuerpo incorrupto como un “prodigio” en función de mostrar al piadoso Martín Tinajero, en su vida y en su muerte, como contraste ante sus compañeros de

11 Juan José Barrientos, “Colón, personaje novelesco” (1996); Roberto González Echevarría, “Colón, Carpenter y los orígenes de la ficción latinoamericana” (1988); Rosa Pellicer, “Colón y la busca del Paraíso en la novela histórica del siglo XX (De Carpenter a Roa Bastos)” (2004).

12 Fray Pedro de Aguado, *Historia de Venezuela* (1915, ver T. I, Libro II, Capítulo XV, 152-153); José de Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* (1992: 53-54); Enrique Bernardo Núñez, *Don Pablos en América (Tres relatos)* (1932); Ramón Díaz Sánchez, *Caminos del Amanecer* (1972); Francisco Herrera Luque, *La historia fabulada* (1981); Denzil Romero, *Entrego los demonios* (1986); Mariano Nava, *Cuentos de los cuentos que nos contaron* (1993).

armas, quienes “llevaban puesta la mira, más en descubrir riquezas, que en averiguar milagros”, por lo que dejan abandonado el cuerpo del soldado, aromado por su olor de santidad.

Otros autores retomarían aquel relato a través de los años, introduciendo cada uno de ellos las transformaciones que les sugerían sus lecturas, perspectivas e intenciones narrativas.

Enrique Bernardo Núñez lo narró en formato de cuento (“Martín Tinajero”, escrito en 1927), notablemente ampliado por su creatividad, en su libro *Don Pablos en América* (1932). En esta versión, Tinajero es motivo de suspicacias y reservas entre quienes le rodean, que recelan de su modestia y su bondad, pues aparece como una especie de héroe santo en las batallas en las que es visto por algunos en comparación con el apóstol Santiago, por su valor, capacidades, piedad y nobleza frente a los indígenas. Esa configuración lo revela investido de cualidades sacerdotales, que parecen confirmarse después de su muerte.

Ramón Díaz Sánchez lo incorporó como una referencia ejemplarizante en el cuento “Los dos se llamaban Martín”, confrontándolo con el conquistador Francisco Martín en su libro *Caminos del amanecer* (1941).

Al término de la segunda mitad del siglo XX, Francisco Herrera Luque contó de nuevo la historia de Martín Tinajero en el primer volumen de *La historia fabulada* (1981), en un texto de naturaleza teatral, adaptado como guión radiofónico, valiéndose de ironías y claves humorísticas, pero reconociendo su valor e interés para la cultura venezolana, en oposición a la desmemoria –que cuestiona– en el modo de ser nacional.

Denzil Romero, en el segundo capítulo de su novela *Entrego los demonios* (1986), intercala el relato de Martín Tinajero ampliamente contextualizado en el tiempo de acción de los alemanes en la conquista de Venezuela, efectuando una notable ampliación de la anécdota que había contado Aguado. Aderezado con escarnios y picardías, el relato pone en duda la virilidad de Tinajero, situándolo a él mismo –ya difunto– como narrador de su tránsito por el territorio occidental venezolano y del prodigio que le acontece después de su muerte. El hipotexto básico de este cuento intercalado es el “Martín Tinajero” de Enrique Bernardo Núñez.

A principios de la década de 1990, un joven narrador zuliano, Mariano Nava, ofrece una versión fantástica del relato en “Martín Tinajero”, cuento que forma parte de su libro *Cuentos de los cuentos que nos contaron* (1993). El cuento es narrado desde la perspectiva erotizada de las abejas que habitan el cuerpo inerte del soldado, al que terminan encomiando como “el más feliz de los bienaventurados”.

Antecedente del cuento venezolano, aquel relato contado primero por Aguado ha navegado, mediante diversos juegos intertextuales, a través

del proceso de la narrativa del país, fecundando las propuestas narrativas de los autores y creando una tradición en la que el personaje –sin dejar de ser él mismo– cambia con versatilidad su sentido y sus funciones, para reinsertarse, actualizado, en cada etapa de nuestra evolución cultural y literaria.

5.3. El último ejemplo que hemos seleccionado para mostrar las huellas de las crónicas de Indias en la narrativa venezolana es el mito indígena tamanaco de Amalivacá que –con sus antecedentes prehispánicos– viene recorriendo desde el siglo XVIII, no sólo la literatura, sino también otras artes como el teatro, la danza, la pintura, la escultura y el muralismo, hasta llegar a la música, impactando de diversos modos la cultura moderna venezolana.

El primero en registrarlo por escrito, a partir de la oralidad de los pueblos indígenas que habitaban las riveras del Orinoco a fines del siglo XVIII, fue el cronista jesuita Filippo Salvatore Gilij, quien lo recogió en su libro *Ensayo de historia americana*, cuya primera edición –en la lengua materna del cronista– apareció en 1782¹³, período en el cual las culturas ancestrales americanas comenzaban a captar la atención de muchos europeos, cuando el régimen colonial hispánico enfrentaba su crisis final, que culminaría a inicios del XIX con la independencia.

El cronista italiano refiere en estos términos su descripción básica del héroe civilizador de los tamanacos:

De Amalivacá los tamanacos hablan como de un hombre que estuvo con ellos en Maita, dicen que andaba vestido, que era blanco, y cosas semejantes, no convenientes a quien los creó, sino a quien los llevó el primero a aquellos lugares. Por lo contrario, la formación del mundo, la de ellos mismos y del Orinoco, etc., son proezas de divinidad.

Mito cosmogónico y antropogónico, este de Amalivacá se había extendido por toda la región orinoquense, unificando en buena medida el imaginario de las comunidades que lo habían adaptado a sus distintas lenguas. A partir del libro de Gilij, lo conoció Alejandro de Humboldt, que volvió a contarlos tras su recorrido por América en su obra fundamental, *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente* (1799-1804). De allí lo

13 Filippo Salvatore Gilij, *Ensayo de historia americana* (1965, ver T. III, Libro XIII); también Aristides Rojas, “La leyenda del Moriche”, en *Leyendas históricas de Venezuela* (1995: 19-24); Enrique Bernardo Núñez, *Cubagua* (1987); Un estudio sobre el mito de Amalivacá en la literatura venezolana: Alberto Rodríguez Carucci (2001).

tomarían Arístides Rojas, para su “Leyenda del moriche”, recogida en sus *Leyendas históricas de Venezuela* (1890-1981), y Enrique Bernardo Núñez, quien integró elementos del mito en su novela *Cubagua* (1931).

Hay otras novelas que han tenido menor difusión, en las que aparecen algunas páginas con referencia al mito de Amalivacá. Entre ellas la del escritor cumanés Arquímedes F. Vargas, quien publicó su *Amalivaca* en 1981, reeditada con modificaciones en 1992; la novela *El gran dispensador* (1983), de Manuel Trujillo, que alcanzó mejor promoción y divulgación, y la novela *Los argonautas ebrios* (1999), de Freddy Hernández Álvarez.

Los ejemplos que hemos ofrecido no son sino una mínima muestra de las relaciones posibles entre las crónicas de Indias y la literatura venezolana. Los tres casos presentados –aparte de las curiosidades que revelan– nos invitan a pensar nuestra evolución cultural y nuestros procesos literarios con una perspectiva histórica y crítica diferentes de las que han sido institucionalizadas en el canon de nuestras letras nacionales, habitualmente establecidas en casilleros inamovibles reproducidos sin cesar en la monotonía de ciertas rutinas pedagógicas.

6. En nuestra perspectiva, las relaciones entre crónicas de Indias y narrativas actuales, además de permitirnos el acceso a algunas “novedades del pasado”, nos permiten visitar figuras, motivos y tópicos desde otras ópticas menos convencionales, donde las imágenes de los sujetos venezolanos se hacen presentes. Es el caso de un mito indígena prehispánico como el de Amalivacá, que a partir de su registro alfabético en la escritura de un cronista italiano del siglo XVIII, recorre nuestra literatura nacional, manteniendo casi los mismos componentes narrativos pero cambiando constantemente de función y de sentidos, a la vez que incorpora a nuestra memoria cultural elementos de los aborígenes ancestrales.

Es también el caso de las lecturas dialógicas entre la narrativa contemporánea venezolana y los textos colombinos, contactos éstos que interrogan o interpelan, desde distintas perspectivas, los documentos del Almirante, modificando la percepción convencionalmente instituida, para hacernos pensar críticamente la historia del impacto inicial entre dos de las culturas que nos constituyen y desde el cual surgen las representaciones y registros originarios del territorio y del paisaje captados y apropiados en las letras nacionales.

Así mismo, el relato de Martín Tinajero, tan discretamente relatado por el padre Aguado, coopera en la comprensión de las contradicciones éticas y los imaginarios que se agitaban entre los conquistadores, para ayudarnos así a entender las complejidades de un proceso tan duro y traumático como el de la conquista así como sus huellas en las obras de nuestros escritores, para

quienes la configuración y recreación de aquel personaje han sido siempre un reto a sus destrezas y habilidades narrativas.

Todo esto a partir de las crónicas de Indias, sometidas a lecturas y relecturas a través del tiempo y del caleidoscopio de la literatura del país, donde habitualmente aquéllas han sido poco atendidas y apenas valoradas¹⁴. Sin embargo, las crónicas han sido fuente de información; modelos de las interpretaciones coloniales de nuestra América, en su constante proceso de cambio; espacios del logos donde han sido urdidas y confrontadas las retículas axiológicas de nuestra colonialidad histórica; formas de escritura de múltiples características y funciones que han contribuido en la conformación de corografías, cosmografía, etnografía, etnología, antropología, historiografía, lingüística, filosofía y literaturas de nuestro continente.

Estas consideraciones nos permiten volver a la pregunta que encabeza esta participación, que implícitamente opone unos textos, a menudo estimados como meras fuentes históricas ante la literatura, usualmente concebida como ejercicio de la imaginación y de las habilidades expresivas. En esa relación contrastiva se produce una confluencia, precisamente en la noción de los orígenes.

“Crónicas de Indias: ¿literaturas de fundación?”. Las crónicas han sido, en especial para los estudiosos, repertorios de datos y/o discursos representativos de los escenarios, hechos y sujetos que han forjado América y a sus diferentes países. Así han contribuido las crónicas en la formación de la memoria, de la cultura, de la historia y de las literaturas de nuestro continente, a pesar de todos los reparos y a pesar de todas las reservas.

REFERENCIAS

AGUADO, Fray Pedro de. *Historia de Venezuela*. Caracas: Imprenta Nacional, 2 tomos, 1915.

ALMOINA DE CARRERA, Pilar. *Cronistas e historiadores: ¿antecedentes de la literatura venezolana?* Caracas: U.C.V., Facultad de Humanidades y Educación, Instituto de Investigaciones Literarias (Prepublicaciones) (Recogido posteriormente como capítulo del libro de la autora, *Más allá de la escritura: la literatura oral*. Caracas: U.C.V., Fondo Editorial de Humanidades y Educación, 2001: 49-68), 1982.

14 En los últimos años se ha empezado a modificar aquella tendencia que demeritaba el estudio de las crónicas. Un ejemplo del nuevo viraje podría ser el libro de Raúl García Palma, *Las crónicas de Indias como referente en la narrativa de José León Tapia* (2012).

AYUSO DE VICENTE, María Victoria; Consuelo GARCÍA GALLARÍN y Sagrario SOLANO SANTOS. *Diccionario Akal de términos literarios*. 2ª ed. Madrid: Akal Ediciones (Col. Diccionarios, 19), 1997.

BARRIENTOS, Juan José. “Colón, personaje novelesco”. *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), nº 437 (noviembre): 45-62, 1996.

BRITTO GARCÍA, Luis. *Abrapalabra*. La Habana: Casa de las Américas, 1979.

CARPENTIER, Alejo. *La novela hispanoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*. México: Siglo XXI, 1981.

CORNEJO POLAR, Antonio. “El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (Lima), nº 7-8: 7-21, 1978.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Barcelona (España): Círculo de Lectores, 1971.

DÍAZ SÁNCHEZ, Ramón. *Caminos del Amanecer*. Caracas: Monte Ávila (Col. El Dorado, 28), 1972.

DUBY, Georges. “La historia social como síntesis”. En: Ciro Cardozo. *La historia como ciencia*. San José de Costa Rica: EDUCA, 1975.

ESTEVE BARBA, Francisco. *Historiografía Indiana*. 2ª ed. Madrid: Gredos.

FREILICH, Alicia (1991). *Colombina descubierta*. Caracas: Planeta, 1992.

GARCÍA PALMA, Raúl. *Las crónicas de Indias como referente en la narrativa de José León Tapia*. Barinas: Fondo Editorial Universidad Ezequiel Zamora, 2012.

GARCILASO DE LA VEGA, Inca. *Comentarios reales de los Incas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho (Col. Clásica, 5), 2 tomos, 1976.

GILIJ, Filippo Salvatore. *Ensayo de historia americana*. Caracas: Academia Nacional de la Historia (Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 73), 1965.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto. “Humanismo, retórica y las crónicas de la conquista”. En: Alejo Carpentier, Emir Rodríguez Monegal y otros.

Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana. Caracas: Monte Ávila, 1984.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto. “Colón, Carpentier y los orígenes de la ficción latinoamericana”. *La Torre* (San Juan, P.R.), nº 7, (julio-septiembre): 439-452, 1988.

HERRERA LUQUE, Francisco. *La historia fabulada*. Barcelona (España): Pomaire, 1981.

KOHUT, Karl (ed.). *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la postmodernidad*. Madrid: Iberoamericana, 1997.

LANGUE, Frédérique. “Historiografía colonial de Venezuela, pautas, circunstancias y una pregunta: ¿También se fue la historiografía de la colonia detrás del caballo de Bolívar?”. *Revista de Indias* (Madrid), nº 222: 247-265, 2001.

LEMMO, Angelina. *Etnografía y fuentes históricas*. Caracas: U.C.V., Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Historia, 1970.

_____. *Historiografía colonial de Venezuela*. Caracas: U.C.V., Facultad de Humanidades y Educación (Reeditado en 1983), 1977.

LEÓN-PORTILLA, Miguel. *El reverso de la conquista. Relaciones aztecas, mayas e incas*. México: Editorial Joaquín Mortiz, 1964.

LEONARD, Irving. *Los libros del conquistador*. La Habana: Casa de las Américas (Col. Nuestros Países), 1983.

LICHTINGER, T.W. “Las estructuras del engaño”. *Revista de Literatura Hispanoamericana*. (Maracaibo), 12, enero-julio: 64-73, 1977.

MENDOZA, José Rodolfo. *El rostro oculto del almirante*. Valencia (Venezuela): Ediciones del Gobierno de Carabobo-Secretaría de Cultura, 1996.

MENTON, Seymour. *La nueva novela histórica de la América Latina*. México: F.C.E. (Col Popular, 490), 1993.

MIGNOLO, Walter. “Texto y contexto discursivo: el problema de las crónicas indianas”. En: *Texto/Contexto en la Literatura Iberoamericana*.

Memoria del XIX Congreso del Instituto de Literatura Iberoamericana. Madrid: FALTA EDITORIAL, 1980.

_____. “El metatexto historiográfico y la historiografía indiana”. *Modern Languages Notes/Hispanic Issue* (U.S.A.), n° 96: 358-402. 1981

_____. “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”. En: Iñigo Madrigal (Coord.). *Historia de la literatura hispanoamericana. Época colonial*. Madrid: Cátedra, 1982. 2 tomos.

MORÓN, Guillermo. *Los cronistas y la historia*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, 1957 (Col. Biblioteca Popular Venezolana, 64).

NAVA, Mariano. *Cuentos de los cuentos que nos contaron*. Barcelona (Venezuela): Fondo Editorial del Caribe/Fondo Editorial Miguel Otero Silva, 1993.

NAVA CONTRERAS, Mariano. *La curiosidad compartida. Estrategias de la descripción de la naturaleza en los historiadores antiguos y la crónica de Indias*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 2006. (Col. Libro Breve, 238).

NÚÑEZ, Ángel. *El canto del quetzal. Reflexiones sobre la literatura latinoamericana*. Buenos Aires: Corregidor, 2001.

NÚÑEZ, Enrique Bernardo. *Don Pablos en América (Tres relatos)*. Caracas: Editorial Élite, 1932.

_____. *Cubagua*. En: *Novelas y ensayos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1987. (Col. Clásica, 124).

O’GORMAN, Edmundo. *La invención de América*. México: F.C.E., 1958.

OJER, Pablo. *Historia de la historiografía venezolana*. Caracas: UCAB, 1978, (mimeo).

OVIEDO Y BAÑOS, José. *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992, (Col. Clásica, 175).

PARRA LEÓN, Caracciolo. “Cronistas de Venezuela”. En: *Obras*. Madrid: Editorial J.B. (s.f.).

PASTOR, Beatriz. *Discurso narrativo de la conquista de América*. La Habana: Casa de las Américas, 1983.

PELLICER, Rosa. “Colón y la busca del Paraíso en la novela histórica del siglo XX (De Carpentier a Roa Bastos)”. *América sin nombre* (Alicante), nº 5-6 (diciembre): 181-187. 2004

PICÓN SALAS, Mariano. *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas: Editorial Cecilio Acosta, 1940. (Reed. Caracas: Monte Ávila, 1984).

PUPO WALKER, Enrique. *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*. Madrid: Gredos, 1982.

ROJAS, Arístides. “La leyenda del Moriche”. En: *Leyendas históricas de Venezuela*. Caracas: Fundarte, 1995.

QUINTERO, Inés. “La historiografía”. En: Elías Pino Iturrieta y otros. *La cultura de Venezuela. Historia mínima*. Caracas: Fundación de los Trabajadores de Lagovén, 1996.

RODRÍGUEZ CARUCCI, Alberto. *Sueños originarios (De Amalivacá al Paraíso)*. Mérida (Venezuela): CONAC-Ediciones Mucuglifo, 2001.

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir (Ed.). *Noticias secretas y públicas de América*. Barcelona (España): Tusquets/Círculo, 1984.

RODRÍGUEZ VALDÉS, Ángel. *El azotador de vientos*. Caracas: Grijalbo/Mondadori, 1995.

ROMERO, Denzil. *Entrego los demonios*. Caracas: Alfadil, 1986. (Col. Orinoco, 10).

SERNA, Mercedes. “Introducción” a *Crónicas de Indias. Antología*. Madrid: Cátedra, 2000. (Col. Letras Hispánicas, 483).

SUÁREZ, Santiago Gerardo. “Crónica y cronistas”. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), nº 287 (julio-septiembre): 113-117. 1989

SUBERO, Efraín Subero. “Importancia de las crónicas. Conclusiones”. En: Pablo Ojer y Efraín Subero. *El primer poema de tema venezolano*. Caracas: UCAB, 1973 (Col. Cuadernos de Prosa, 10).

ÚSLAR PIETRI, Arturo. *Discurso de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua*. Caracas: Imprenta del Ministerio de Educación, 1958. (con el título de “El carácter de la literatura venezolana” en *Medio milenio de Venezuela*, Caracas: Monte Ávila, 1991; como “Venezuela y su literatura” en *Letras y hombres de Venezuela*, Caracas: Monte Ávila, 1995: 265-293).

VALCÁRCEL, Daniel. “Túpac Amaru y la prohibición de los *Comentarios reales*”. *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), n° 144 (enero-febrero): 101-105. 1961

VENEGAS FILARDO, Pascual. “Venezuela en la palabra de viajeros y cronistas”. En: Horacio Jorge Becco (Ed.). *Discursos académicos 1979-1983*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua, 1983.

WHITE, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona (España): Paidós, 1992.

Data de recebimento 30 jul. 2013

Data de aprovação 30 jan. 2014